

SANTIAGO SUR PONIENTE

BARRIO UNIVERSITARIO

DESARROLLO URBANO

Y PATRIMONIO



Dirección de Obras Municipales de Santiago

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena



Ubicación: 11M (166-83)

Año: 2004 c: 1

SYS: 830049

BIBLIOTECA NACIONAL



1527600

830049
1104/166-83)

SANTIAGO SUR PONIENTE

BARRIO UNIVERSITARIO

DESARROLLO URBANO

Y PATRIMONIO

Dirección de Obras Municipales de Santiago

Publicación auspiciada por

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO

INSTITUTO CHILENO - FRANCÉS

CORPORACION BARRIO UNIVERSITARIO

UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

UNIVERSIDAD DE LAS AMERICAS

CONSTRUCTORA PAZ FROIMOVICH

CONFITERIA TORRES



Instituto
chileno-francés



udp

UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES



UNIVERSIDAD
DE LAS AMERICAS
STEVENSON INTERNATIONAL UNIVERSITY



CONSTRUCTORA
PAZ FROIMOVICH
LIBERAR CONSTRUYENDO SU SUÑO



SUMARIO

Preámbulo	p. 11
Georges Couffignal	
LA CIUDAD DE SANTIAGO	p. 15
El Patrimonio arquitectónico y urbano de Santiago	
Francia y Chile 1850 - 2002	p. 16
Ricardo Abuaud Abuyatum	
Santiago en 1910, París en América. Notas a propósito del Primer Centenario	p. 26
René Martínez Lemoine	
SANTIAGO SUR PONIENTE	p. 37
Las nuevas urbanizaciones al sur de la Alameda.	
Los nuevos barrios, las expresiones arquitectónicas de la aristocracia, la clase media y las capas populares	p. 38
Antonio Sahady Villanueva y Felipe Gallardo Gastelo	
El barrio de la vanguardia liberal	p. 47
Miguel Laborde Duronea	
Los grandes equipamientos, su relación con el desarrollo del barrio Sur Poniente	p. 56
Miguel Saavedra Sáenz	
Evolución del Barrio Universitario de Santiago como campus urbano abierto: desafíos y oportunidades	p. 66
Gustavo Munizaga Vigil	
EL PATRIMONIO	p. 77
Registro y análisis del patrimonio urbano y arquitectónico	p. 78
Gustavo Carrasco Pérez, Claudia García Ochoa, Paola Martínez Pino	
ORIENTACIONES NORMATIVAS Y DOCUMENTOS DE ESTUDIO	p. 117
Orientaciones normativas	p. 118
Planos del estudio	p. 121
Planos normativos	p. 123
Gustavo Carrasco Pérez, Claudia García Ochoa, Paola Martínez Pino	
BIBLIOGRAFÍA	p. 129





2

SANTIAGO SUR PONIENTE

*Palacio Piwonka , avenida Ejército Libertador 412, obra de los
arquitectos Manuel Cifuentes Gómez y Alberto Siegel Gerken, 1918*

Las nuevas urbanizaciones al sur de la Alameda. Los nuevos barrios, las expresiones arquitectónicas de la aristocracia, la clase media y las capas populares

"La forma de la ciudad cambia más velozmente que el corazón del hombre".
Baudelaire

Antonio Sahady Villanueva*

La metamorfosis de Santiago se comenzó a sentir con fuerza a partir del siglo XIX. Con cierta timidez al principio: la apertura de algunas calles y el avance paulatino de unos cuantos barrios. Desde 1900 la ciudad manifestó un explosivo crecimiento de carácter centrífugo, expandiéndose desde la estructura primitiva que proponía el damero fundacional. Las grandes modificaciones provinieron de algunas propuestas de Benjamín Vicuña Mackenna, quien puso en marcha una buena parte de su Plan de Transformación de la Capital. Además, se deben a él los caminos de cintura, unas cuantas plazas, algunos parques, el paseo de Santa Lucía y el mejoramiento de muchos barrios que antes estuvieron en un lamentable estado de degradación.

Se podría afirmar que Santiago se fue tornando más coherente y ordenado en la medida que se sucedían las transformaciones: en los sectores centrales la capital se convertía en una ciudad "ilustrada, opulenta, cristiana"¹. Sin embargo, existía otra ciudad: la ciudad en estado salvaje, que se deshacía inexorablemente entre el vicio y la corrupción prolijada por los asentamientos espontáneos que envolvían el centro y cuya extensión total era equivalente a la del resto de la ciudad.

El centro de Santiago adquirió, entonces, una clara especialización, concentrándose las actividades de gobierno y las reparticiones públicas. La trama urbana se hizo compacta, si bien se mantuvo la estructura vial. Era el inicio de la industrialización, lo que propició un activo intercambio comercial. Surgieron las primeras zonas fabriles, todas ellas próximas a las vías férreas: Estación Central, Yungay, Santa Elena y, poco más tarde, Estación Mapocho. En derredor de esta actividad brotaron los primeros barrios populares: Yungay, Carrascal, Mapocho, San Pablo, Estación y San Eugenio.

Como consecuencia de su tendencia a aceptar nuevas funciones, durante las dos primeras décadas del siglo XX, Santiago, en su área central, perdía coherencia formal y se iba desdoblado poco a poco. Aunque se mantenían algunas zonas de carácter residencial, empezaban a tener cabida las funciones propias del gobierno, amén de las actividades comerciales. La población de menos recursos emigraba hacia las comunas marginales, lo que significó la desocupación de 2.000 viviendas en pleno centro fundacional. La ciudad se ensanchaba hacia los cuatro puntos cardinales y permanecía, a modo de centro, el casco primitivo.

Las últimas grandes superficies en ocuparse fueron las que se

Felipe Gallardo Gastelo**

extendían desde Avenida Matta hacia el sur y desde Santa Rosa al oriente.

Mientras tanto, las familias más acomodadas optaban por algún sector próximo al centro cívico y comercial. Uno de ellos, el que se consolidaba en los terrenos agrícolas al surponiente de la ciudad, más allá de la Alameda.

Las nuevas urbanizaciones al sur de la Alameda.

Los nuevos barrios

Fue precisamente en 1843 cuando el gobierno chileno, con Manuel Bulnes a la cabeza, adquirió 140 hectáreas de terreno entre el Zanjón de la Aguada y el camino de cintura. Más de la mitad de esta superficie –88 hectáreas– se destinó al Campo de Marte. Como era de esperarse, los terrenos que mediaban entre la Alameda y el Campo de Marte fueron premiados con una inesperada plusvalía: al asimilarse a la traza urbana, próxima al centro administrativo, fueron apetecidos por la clase alta, la que comienza a hincar sus raíces allí a partir de 1860.

El efecto positivo del parque se hizo notar en el mejoramiento de las calles circunvecinas, respetando el Plan de Transformación de la Capital propuesto por Vicuña Mackenna.

El entorno digno de un espacio en el que se había invertido una fortuna no podía ser discordante. Por eso no extraña la aparición del Palacio Cousiño en la calle Dieciocho y unas cuantas mansiones que se fueron sucediendo en las calles paralelas que desembocaban en la Alameda.

No cabe duda de que el Parque Cousiño pretendía ser la réplica de aquellos espléndidos paseos de las capitales europeas, donde solían encontrarse los personajes de la aristocracia.

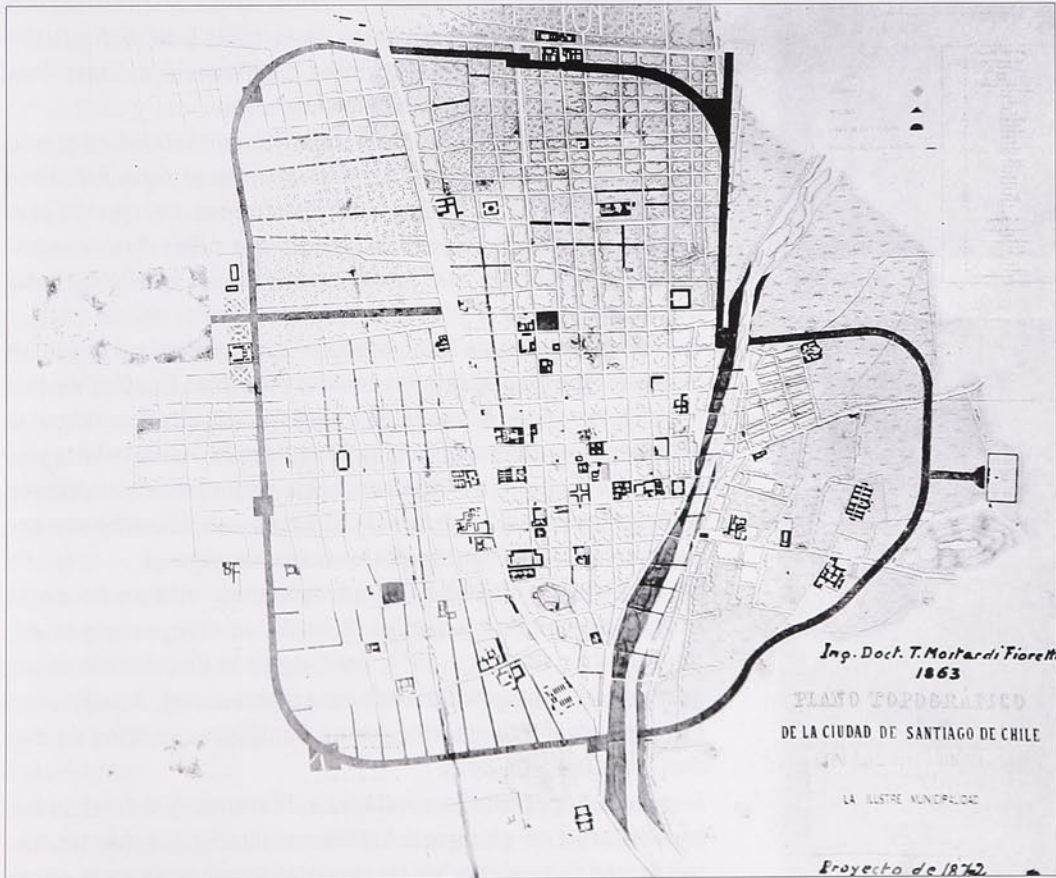
El fin del siglo XIX mostraba la fuerza de la oligarquía chilena en la fastuosidad de sus mansiones. Complementariamente, la alta sociedad reclamaba un lugar de solaz acorde con su nuevo estilo de vida.

Cabe recordar que hacia 1875 el radio urbano abarcaba unas 1.500 hectáreas: desde el Cementerio General, por el norte, hasta el Matadero Público, por el sur; y desde el Seminario Consular por el oriente, hasta la Quinta Normal, por el poniente. A partir de entonces y hasta la segunda década del siglo XX el Parque Cousiño vivió su esplendor.

Durante ese período, la oligarquía aristocratizante se instaló en las proximidades del parque, para disfrutar de sus beneficios.



Alameda a la altura de calle Dieciocho.



Plano Topográfico de la Ciudad de Santiago de Chile con las reformas impulsadas por Vicuña Mackenna.
La Ilustre Municipalidad 1872. Ingeniero Doctor T. Mostardi Fioretti, 1863.



Palacio M. Ossa, Av. Ejército 106.



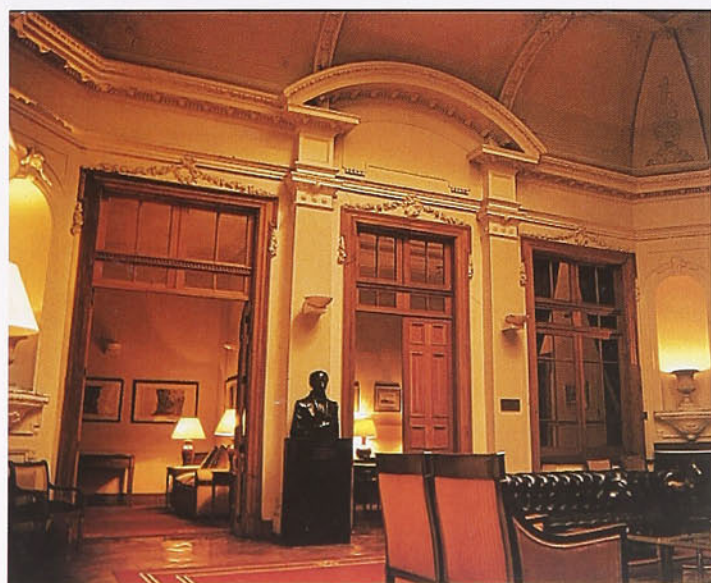
Palacio Herquínigo Gómez,
Av. República esquina Grajales.



Palacio Piwonka, Ejército 402, arquitectos Manuel Cifuentes Gómez y Alberto Siegel Gerken, 1918. Remodelada en 1997 por Jorge Neubauer y Ximena Zambrano.



Vista de la claraboya en salón principal Palacio Piwonka.



Vista del salón principal Palacio Piwonka.

Las expresiones arquitectónicas de la aristocracia

Así nacieron las mansiones de las familias de más recursos, que marginaban algunas calles que corrían en sentido norte-sur: Dieciocho, Ejército, Vergara, Carrera, República, avenida España.

El país pasaba por un período de apogeo económico a raíz de las utilidades que proporcionaba la exportación del salitre. Influía, además, la mayor capacidad que el gobierno tenía para invertir en edificación pública. Los privados, por su parte, erigían sus propias casas palaciegas.

Y es que el siglo XIX fue un período pródigo en cambios, todos ellos fraguados a fuego lento. No sólo en lo que se refiere a la expansión de los límites urbanos, sino también al transporte público y privado, las costumbres de los habitantes y la expresión de la arquitectura. De uno u otro modo, todo ello repercutió en la vivienda. Pero sólo en la de la clase alta, porque la vivienda popular, con mínimas variaciones, no salió de su estado precario.

Es evidente que la arquitectura en general y la vivienda en particular —la de la clase media y alta— habían sufrido una metamorfosis paulatina, sin perder los ecos de la tradición española, consolidada a partir de los años coloniales: una arquitectura reposada, de formas bajas y sencillas, compuesta por pocos y simples elementos.

La casa convencional del Santiago de las primeras décadas es una derivación de la casa hispano-romana, la que, a su vez, tiene un origen griego. Eso explica las hileras de piezas longitudinales y transversales, que dejaban tres espacios abiertos y sucesivos de la calle hacia el interior, para constituir sendos patios. El segundo era el centro de la casa. Esta distribución general, con muy pocas variantes, permaneció durante tres siglos como el modelo de la casa chilena.

El esquema de vivienda urbana descrito por Secchi² es el que continuó aplicándose en Santiago durante el siglo XIX. Evolucionó lentamente, presentando variantes en ciertos elementos y creciendo en altillo y segundos pisos. Pero conservó, en su esencia, la forma y distribución de la casa tradicional.

Fue a finales del siglo XIX cuando se experimentó un deseo de renovación, agregando a las raíces hispánicas fuentes de inspiración europea. A través de viajeros y arquitectos llegados al país, asomaron nuevas ideas e inquietudes. Los estilos europeos, principalmente los franceses, encontraron excelente acogida en las calles próximas al parque, principalmente entre aquellas viviendas con pretensiones de palacio.

La vivienda se modificó, en un comienzo, solamente en el frontis —Secchi afirma que las fachadas en este período se enriquecieron y complicaron³—, pero luego la distribución interna y sus recintos también sufrieron alteraciones. Aparecieron tipos de vivienda desconocidos en Santiago, copiados de medios y culturas foráneas.

El país se adentraba en una época diferente, que tuvo su expresión artística en aquellos años característicos que los historiadores denominan “de fin de siglo”. Predominó en la arquitectura chilena lo que Eugenio D’Ors ha llamado el “Barroco

Officialis"⁴, de índole caprichosa y artificial, preludio del "Art Nouveau", el cual llegó a alterar el rostro de muchas mansiones santiaguinas en los tiempos dorados del Centenario de 1910. Al decir de Pereira Salas, es la época arquitectónica del yeso coruscante, de los perfiles metálicos con que diligentes artesanos, venidos de Italia, imitaban estilos; los tiempos en que se agrega fachada de dos pisos a la tradicional casona de tres patios⁵.

Eran los años de esplendor de los palacios en Santiago. Se trataba de viviendas de gran distinción, las más expresivas de la época. Los palacios fueron el escenario propicio para que se desarrollara una nueva forma de vida, tanto en apariencia como en significado.

Antes de 1879 la clase dirigente chilena reveló poca tendencia a la plutocracia. Sus bienes descansaban en el campo, en la producción agrícola; declaraba su amor a la tierra y a las glorias nacionales. Revisando relatos de viajeros y los diarios de la época, se comprueba que sus gustos eran sobrios y sus hábitos sencillos. Más tarde, las grandes fortunas obtenidas en las minas y en las especulaciones fomentaron el gusto por los viajes y el refinamiento.

El auge de los palacios o viviendas con ambiciones de tales corresponde a un período historicista, el que, a su vez, era reflejo de una corriente estética europea post-romántica. Se extendió en el país a través de la labor de profesionales extranjeros y a la nueva traza urbanística de Santiago, que había iniciado el intendente Vicuña Mackenna. Pereira Salas describe las transformaciones que sufrieron las viviendas al convertirse en palacios: "el frontis se alarga, aunque queda centrado en un acceso que sirve de eje principal. El mármol de las graderías sirve para dar el tono y concentrar la vista que es atraída igualmente por su mayor altura. El segundo piso simplifica la composición, repitiendo los motivos en un juego armónico de puertas y ventanas. Un friso de remate cumple también la faena de disimular la techumbre de teja y eleva la altura, conservando las proporciones clásicas de los cuerpos principales"⁶.

La distribución interna sufre alteraciones, el zaguán desaparece y la puerta cochera cumple las funciones de acceso de los nuevos tipos de vehículos. El hall central o vestíbulo, a la manera de un atrio pompeyano, concentra la luz –cual si fuera un patio– por la amplia claraboya. Se extiende, pues, la concepción tripartita colonial de "cámara", "recámara" y "sala", y aparecen los salones, las salitas de recibo, los escritorios y las bibliotecas. Se agregan, además, las salas de música para los primeros intentos de ejecuciones de cámara. O bien, para el despliegue vocal de los divos de la ópera, habituales tertulianos de las familias distinguidas.

Los palacios generalmente se desarrollaban en dos niveles más un zócalo y, en algunos casos, se agregaba un tercer nivel o mansarda.

En su distribución interna los recintos se ordenaban a partir de un hall central. Este hall –inmediato al acceso principal, de doble altura– estaba profusamente tratado en sus detalles y terminaciones. Era el espacio de mayor jerarquía. A partir de este recinto



Vista desde el segundo piso del salón principal Palacio Astoreca.



Claraboya del salón principal del Palacio Astoreca.



Vista del salón principal Palacio Astoreca.



Jardín de invierno del Palacio Cousiño, obra del arquitecto Paul Lathoud, 1875.

se distribuyen y relacionan las diferentes dependencias, pasando por sucesivos salones de diversos usos y características.

El *hall* central estaba jerarquizado por sus proporciones y por un tratamiento espacial preeminente, realizado por iluminaciones cenitales a través de linternas, lucarnas o techos de vidrio, ricamente ornamentados.

En diarios y revistas se describían con detalle estos palacios donde residían los más connotados personajes de la aristocracia santiaguina. Proliferaban fotografías de salones, cámaras, recámaras, invernaderos. Las casas eran de grandes dimensiones, como para albergar a extensas familias y, si era menester, hasta dos y tres generaciones. Por lo general ocupaban terrenos equivalentes a los antiguos solares de la traza primitiva de la ciudad, aunque, en ocasiones, superaban esas superficies.

Sus residentes llevaban una vida muelle y próspera, disfrutando de los enormes patios que aseguraban privacidad y sosiego. Para un adecuado aislamiento estaban, también, los huertos, los jardines de invierno o cualesquiera de las grandes habitaciones dispuestas para la tertulia familiar. En el gran comedor podían instalarse, sin estrecheces, unas cincuenta o sesenta personas. Las fiestas se celebraban en los diversos salones, denominados según el color del empapelado, que servía

de fondo a los fastuosos muebles, espejos, cuadros, alfombras y lámparas. Entre los palacios más espléndidos aún sobrevive el Palacio Cousiño, cuyo proyecto pertenece al arquitecto francés Paul Lathoud.

A finales del siglo XIX la arquitectura permitió que los dueños de la fortuna dieran a conocer sus gustos personales en materia de estilo. Tal como podían elegir la ropa o el menú de cada día, tenían la facultad de ser satisfechos en caprichos mayores: la expresión arquitectónica de su palacio. Eso explica que, en medio de un eclecticismo absoluto, tuvieran cabida las fachadas renacentistas, góticas, románicas, moriscas, bizantinas, tudor. La impresión que causaban estas construcciones en los viajeros, cronistas y escritores de la época no era en absoluto favorable. Théodore Child, por ejemplo, escribió en 1890: "Los chilenos han preferido ir a buscar inspiración en los templos griegos del siglo de Pericles, y en los castillos medievales de la época de las cruzadas..."⁷. Otro viajero, Alberto Malsch, comentaba: "El país presenta una fachada grandiosa y nada tras ella". Y añadía, cáustico: "majestuosas columnas, frisos, capiteles, zócalos veteados de mármol, pero, por favor, no los toquéis porque el pedazo quedará en vuestros dedos. Aquí como allá todo está falsificado, todo suena a hueco"⁸.



Salón con mobiliario de la época, palacete ubicado en calle Ejército 171, residencia del señor Pablo Valdés Ossa, obra del arquitecto Alberto Cruz Eyzaguirre, 1948.

A pesar de los adversos e irónicos comentarios, es justo reconocer los méritos de estas mansiones de fines del siglo XIX, que mantenían una sobria ordenación del conjunto.

En medio de un panorama de chata regularidad, las grandes casas familiares seguían destacando por la ostentación de sus fachadas, a menudo vestidas con algún ropaje europeo. Por su privilegiada localización lucían, en la fachada sur de la Alameda –entre Dieciocho y San Ignacio–, las mansiones que el arquitecto Alberto Cruz Montt proyectó para la familia Irarrázaval, en 1906, y la familia Iñiguez, dos años después.

La clase media y las capas populares

Los cambios que afectaron a Santiago durante la última década del siglo XIX fueron escasos. Apenas la apertura de algunas calles y el avance paulatino de unos cuantos barrios. Sólo a partir de 1900 –más particularmente 1920– la ciudad inició un proceso más acelerado de expansión. Un crecimiento explosivo, si se compara con el ritmo que hasta ese momento había experimentado la urbe.

Fue entonces cuando se separó de ella la estructura original que proponía el damero fundacional. Los grandes cambios provinieron –como se sabe– de algunas propuestas de Benjamín Vicuña Mackenna.

Las actividades buscaban su lógico acomodo en la ciudad, que se compactaba en el núcleo y se hacía más esponjosa hacia el anillo periférico, donde la industria se instalaba a la vera de las líneas ferroviarias. Florecieron entonces los barrios obreros, cuya denominación se asociaba a las estaciones del tren.

A medida que se deterioraba el centro, Santiago seguía derramándose hacia sus márgenes. Uno de los últimos barrios en consolidarse fue el que se localiza al sur de Avenida Matta y al oriente de Santa Rosa.

Seguramente fue la crisis económica de 1930 la que marcó el cambio de comportamiento de la sociedad, sumado a la hegemonía de la emergente potencia norteamericana, que eclipsaba a la europea.

La clase alta santiaguina esta vez emigró a las comunas situadas hacia el oriente, optando por un estilo de vida más sencillo. Liberaban, de ese modo, las grandes casas palaciegas, que debían aceptar transformaciones para adaptarse al sistema de alquiler por piezas o por departamento. Algunas veces se edificaron los patios interiores con construcciones precarias, incrementando la rentabilidad extraída al bien raíz. Se creó entonces una compleja red de arrendatarios y subarrendatarios, quienes terminaron por infligir las modificaciones según

su conveniencia. Todo ello, por cierto, a costa de la calidad arquitectónica.

Pero es justo destacar, por otro lado, que las construcciones de comienzos del siglo XX –en su mayor parte viviendas– se atuvieron a cánones formales muy sobrios, y a una ordenada continuidad. El resultado era una fachada muy homogénea, que se condecía con la atmósfera sosegada y provinciana que se respiraba fuera del casco central.

La edificación que alojaba la clase media se localizaba, de preferencia, en las calles que iban de la cordillera al mar, produciendo largas cintas que llenaban las cuadras completas. Casi siempre retornaban en las esquinas, tras superar el ochavo característico. En las manzanas próximas a la Alameda predominaron los inmuebles colectivos de dos pisos, conformando una corteza sólida de albañilería simple, estucada. Los relieves están dados más bien por elementos ornamentales que sobresalen del plomo de la fachada o por rehundidos que buscan subrayar con sombras el ritmo de las fenestraciones o las cornisas de entrepiso y los coronamientos. Balcones, saledizos, frontones o pilastras adosadas son algunos de los recursos que ofrece el repertorio formal decimonónico, replicado durante las primeras décadas del siglo XX.

Hacia el sur, en cambio, alejándose de la Alameda, la tendencia era construir viviendas en un piso, sin alardes ornamentales, conformando una secuencia homogénea, a pesar de que las unidades son perfectamente distinguibles. Rasgos comunes en cada una de ellas –a los que se debe la continuidad horizontal– son el zócalo, el cuerpo medio y el antetecho. La franja del antetecho, equivalente en altura a la del zócalo, tiene como misión ocultar la cubierta.

En términos compositivos, las fachadas de las viviendas ofrecen con frecuencia soluciones simétricas: la puerta de acceso

como eje –destacada con recursos decorativos– se encuentra flanqueada por ventanas a ambos costados.

Por lo general, estas viviendas no eran propiedad de la clase media, cuya desmedrada condición económica no le permitía aspirar a la adquisición de un bien inmueble. La mayor parte se resignaba a alquilar una de las tantas casas que estructuraban las manzanas típicas de los sectores pericentrales. La uniformidad volumétrica produjo, en definitiva, un barrio con un alto grado de identidad, dotado de servicios básicos que garantizaban la higiene y un aceptable nivel de vida. Aun cuando algunas de las casas se enriquecían con elementos estilísticos importados de Europa –portadas, frisos, arcos de medio punto, balaustradas, sobrerrelieves– no escapaban al esquema convencional: crujías de habitaciones en torno a uno o dos patios centrales.

La cerrazón de la corteza se contrarresta con la apertura interior: es habitual que este modelo contenga al menos un patio circundado por un corredor de borde, al que entregan las habitaciones.

No hay búsqueda de color en las fachadas. Predominan los grises y los materiales en su expresión cruda: estucos, albañilerías de ladrillo, tonos pétreos. Todo cargado de una pátina cuyo resultado final es un pardo uniforme.

Cabe apuntar que los árboles antepuestos a las fachadas a distancias regulares, amén de que contribuyen a la unidad del barrio, regalan algunas notas de color que varían según la época del año.

En la mayor parte del anillo pericentral de Santiago –también en el barrio poniente sur, por cierto– se instaló una nueva solución urbana destinada a sectores de ingresos medios y bajos: se trata de las *cités*, conjuntos habitacionales conforma-



Palacio Irarrázabal, en Alameda 1550, del arquitecto Alberto Cruz Montt, 1906-1907. Actual sede del Círculo Español desde 1940.



Detalle fachada Palacio Irarrázabal.



Vista general cité, calle Gay 2747-2771 , esquina Bascuñán Guerrero.



Detalle acceso, cité calle Gay 2747-2771.



Vista general edificio triangular en punta de diamante entre calles Gay, Abate Molina y Unión Americana.

dos por la agrupación de casas pareadas a lo largo de un pasaje peatonal. Se trataba de construir viviendas económicas en un sector donde los terrenos se hacían escasos. Condición indispensable es contar con un predio profundo o un fragmento de manzana, con una vía de ingreso central o lateral.

Aun cuando es un hecho que estas aperturas a la manzana aumentaban la densidad habitacional, es también cierto que la continuidad de las fachadas no llegaba a malograrse: el ingreso a la *cité* se hacía a través de uno de los vanos de la edificación corrida original. Interesante por el tratamiento cromático es, por ejemplo, la *cité* Almirante Latorre, próxima a Salvador Sanfuentes; o por su pintoresquismo, la *cité* localizada en calle Gay, al llegar a Bascuñán Guerrero.

Como exponente de la arquitectura popular –no por ello exento de elaboración formal–, destaca en el sector un edificio triangular localizado en la punta de diamante que arman las calles Gay, Unión Americana y Molina. Es un conjunto de dos pisos que se alza sobre un poderoso zócalo. El segundo nivel, coronado por una techumbre que acusa periódicamente los accesos a las viviendas, se expresa hacia la proa del terreno con balcones de logrado tratamiento en madera.

En cambio, no abundaban en el sector surponiente de la ciudad los *conventillos*, que se habían localizado, de preferencia, al lado norte del río Mapocho, desde finales del siglo XIX. Los *conventillos* –como se sabe– estaban conformados por una sucesión de habitaciones oscuras, alineadas a lo largo de una callejuela interior, sin más ventilación que la que se lograba a través de su puerta única.

La escasez de viviendas en las primeras décadas del siglo XX se explica por el natural crecimiento vegetativo de la población. Pero, sobre todo, por la masiva llegada de inmigrantes de las salitreras nortinas.

A partir de la década 1930-1940, cuando los grupos de altos ingresos iniciaban su éxodo hacia los nuevos barrios del oriente

de la ciudad, el deterioro del casco histórico central se agudizaba. Coincidió este hecho con el incipiente desarrollo económico que convirtió a la oligarquía agraria en la nueva burguesía industrial y financiera del país. La consolidación de las nuevas zonas residenciales se facilitó por el auge del automóvil y de los sistemas de transporte público a tracción eléctrica.

El sector poniente sur, no obstante, resistió el paso del tiempo sin manifestar modificaciones degradantes hasta mediados del siglo XX, cuando entre los años 1958 y 1975 se completó la construcción de la carretera Norte-Sur, produciendo una escisión brutal en el tejido urbano: antes de cruzar subterráneamente la Avenida Libertador Bernardo O'Higgins se abrió paso desde el sur, arrasando con la antigua calle Castro y toda la franja edificada en sus proximidades. La llegada de la carretera sacrificó un importante número de viviendas y trajo, a cambio, una edificación a otra escala, enteramente ajena al sector.

A contar de entonces las modificaciones se han sucedido con irreverencia progresiva. Recordemos que fue el trazado colonial el factor que definió las características de las manzanas –su forma cuadrangular y la escala de su edificación–, tal como ocurrió en el área norte del barrio poniente. Las fachadas incorporaban elementos estilísticos europeos, en tanto los interiores, en muchos casos, mantenían la tradición de la vivienda construida en torno a patios. Y esos atributos, que en definitiva contribuyen a forjar la imagen unitaria a la que aspiran los barrios con alguna carga histórica, todavía se respiran al recorrer las calles del barrio poniente sur.

** Arquitecto Universidad de Chile; Director del Instituto de Restauración Arquitectónica de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile*

*** Arquitecto Universidad de Chile; Académico e Investigador del Instituto de Restauración Arquitectónica de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile*



Cité en calle Almirante Latorre 85-93.



Vista espacios comunes cité Almirante Latorre 85-93.